los vientres que encontraba al alcace de su mano; se subió en la mesa, y enseñando las ligas se puso á bailar un paso de cancan, acompañándose con una cancion algo picante que estaba en boga en sus buenos tiempos.

—Yo he conocido mujeres de mundo—decia Begourde,—he conocido marquesas, pero eso no es serlo.

Y en efecto, tenia razon; aquello no era serlo.

XXXIII

No nos atrevemos á decir lo que la señora Bobino comió y bebió, porque queremos encerrarnos dentro del límite de lo verosímil; pero sí indicaremos que los demas convidados, estimulados por el ejemplo, la imitaron en su conducta y hasta la aventajaron.

Los inanimados restos de Gargantúa debieron estremecerse de alegria en su ignorada tumba.

La cena duró hasta la una, en que Begourde tomó la palabra y dijo antes de salir:

—Queridos amigos y buenos compañeros: no hay buen libro ni fiesta buena que no tenga

una segunda edicion; quedais todos citados para mañana, ó mejor dicho para hoy, puesto que ya han dado las doce: á las tres de la tarde en la isla de la *Grand-Jatte*. Este es el programa: oid, divertimiento musical á toda orquesta, paseo en barquilla por el rio, pesca con caña y un magnífico baño los que gusten, para lo cual me encargo de los calzones; festin de Baltasar en casa de de *Canard*, buenos vinos y licores variados á discrecion, y como fin de fiesta irrupcion general en la *Reiue Blanche*, mientras que nuestra hermosa Celanire entusiasmará al público con su papel de marquesa, en el cual se muestra tan dramática y tan distinguida.

La invitacion de Héctor tuvo un éxito colosal.

Salieron todos de la cerveceria, y Begourde dió el brazo á la señora Bobino para acompar-la á su casa, viendo con disgusto que el bebedor desconocido se disponía á seguirle; á punto estuvo de empuñar su boj é irse derecho hácia el importuno para darle una leccion de prudencia; vió pasar un coche desalquilado, y teniendo en cuenta que su bolsillo estaba por entonces bien repleto, no titubeó en hacer este nuevo gasto, haciendo subir á la señora Bobino; y haciéndolo él trás ella, dió unas señas fingidas al cochero.

Si era en verdad un espía aquel hombre, no

debió agradarle mucho aquella estratagema que le hacia quedar solo en aquel sitio; pero en el momento en que el coche se puso en movimiento, hizo un porta-voz de sus dos manos, y gritó:

—Agencia Roch y Fumel, 131, rue Montmartre, cerca de la Bolsa y el boulevard. Negocio urgente é importante. No dejeis de ir.

Héctor se echó á reir.

—Esas son unas gentes que le van á costar algun dinero á mis acredores.

*
* *

La isla de la *Grand-Jatte* es bien conocida de lo que podemos llamar parisienses domingueros; está situada cerca del puente de Courbevoie.

Su encantador y verde follaje se destaca delante de los terrenos del antiguo parque de Luis Felipe en Neuilly, donde existe esa casa de salud, única en su clase, por ser en ella donde se prestan tiernos cuidados no al hombre, sino al perro, que es un ser inteligente y bueno, que vale cien veces mas que el hombre.

El autor de este libro adora á su perro (que

es perra), y cree que al noventa y cinco por ciento de sus lectores les pasa lo mismo.

En medio de la isla está instalado un rastaurant, ó mejor dicho, una casa de comidas, que en realidad es verdaderamente rústica.

Encima de la puerta se ostentaba un letrero que decia:

A LA GRAND-JATTE.

Suspendidas á lo largo de la pared habia bastantes redes puestas allí para que se secasen, y una gran cantidad de mesitas, provistas de banquillos, fijos en el suelo.

Allí era donde se servia á los pescadores aficionados, á los barqueros, y á los amantes de los placeres del campo, los cuatro invariables platos que constituían el suministro diario, evitando, por consiguiente, la molestia de poner siempre la lista del dia.

Las comidas que allí se realizan van siempre bien acompañadas de sendos tragos de vino de Suresnes ó de Argenteuil, servido en jarros de barro, aunque los grandes gastrónomos pueden pedir y obtener una botella de vino lacrado, cuyo precio es siempre de un par de francos.

El patron, á quien los barqueros llaman el padre Canard, es un hombre grueso y peque-

ño, muy activo, puesto que guisa y sirve por sí mismo, y que tiene energia bastante para imponer silencio sin necesidad de ningun agente cuando llega el caso en que una disputa está á punto de degenerar en riña.

En derredor de la isla hay una flotilla de pesadas barcas amarradas, que ordinariamente sirven para pescar por la mañana y dar un paseo despues del medio dia.

Una mala barraca, sin cristales en las ventanas, sobresalia de entre un bosquecillo de sáuce que habia á la orilla.

En este sitio era donde se desnudaban y vestian los aficionados al baño frio, sin que pudieran molestarlos miradas indiscretas y sin hacer ofensa á la moral.

El dia era magnífico y hacia mucho calor.

La isla de la *Grand-Jatte* estaba muy concurrida, y el padre Canard habia ya sacado un gran número de jarros cuando llegaron los amigos de Begourde en distintos grupos: poco despues llegó éste acompañado de la señora Bobino, que llevaba con mucha coqueteria un traje de muselina á rayas blancas y rosa.

Se trataba de divertise todo lo posible hasta que llegara la hora del anunciado festin.

Se puso á votacion el órden y la marcha de la fiesta, aceptándose por votacion unánime que lo primero que habia que hacer era tomar

un baño para refrescarse, aunque luego despues se habian de templar demasiado.

Tres jóvenes que nadaban bien poco se instalaron en una barca presididos por la señora Bobino, que no quiso de ninguna manera descomponer su tocado, mientras que los otros entraron en la barraca para salir al momento vestidos con los calzones que imponen para baño los reglamentos de policía y el sentido del pudor.

Al llegar á la orilla, y siguiendo la voz de mando pronunciada por Héctor: *Flanco derecho, media vuelta á la derecha, march*, se arrojaron al Sena con gran alegría, á donde les habian precedido cinco ó seis bañistas que lucian su habilidad.

Begourde nadaba como un pez, y causaba admiracion general en los espectadores, los distintos ejercicios que ejecutaba, que en realidad son únicamente consecuencia de la costumbre y de un peco de serenidad.

Acababa de recorrer ua gran trecho debajo del agua y reapareció un momento para respirar, cuando se encontró frente á frente con el apergaminado semblante del espía, que el dia antes habia estado en la cerveceria, y que nadando con la mano izquierda le hizo un saludo militar con la derecha, diciéndole lo mismo que la víspera:

—¿El señor Héctor Begourde, de oficio pintor?

—Ha salido—contestó éste echando la zancadilla á su interlocutor, y haciéndolo sumergirse lo menos diez piés.

Pero el desconcido nadaba tan bien como Héctor, y volvió á aparecer en la superficie casi al momento, sin perder nada de su calma habitual; pero conservando siempre una buena distancia que pudiera precaverle de una nueva zancadilla, reanudó la conversacion.

—Es inútil que oculteis vuestro nombre, señor Begourde—dijo,—porque vuestros amigos os han nombrado varias veces, y sobre todo la señora del vestido de color de rosa (que es muy guapa).

—Estoy cogido—dijo Héctor para sí,—pero en último resultado me es igual, porque despues de todo, ¿qué peligro hay? El que no tiene, el tirano le hace libre.

Las ideas políticas que profesaba le obligaban á sustituir la palabra *rey* con la de *tirano.*

Despues continuó en alta voz:

—¿Con que es decir que sois vos el que me está asediando á cartas en casa de mis amigos por cuenta de la agencia de la calle de Montmartre?

—Ciento treinta y uno, cerca de la Bolsa y

el boulevard—añadió el desconocido—yo soy, señor Begourde.

—Sois un buen sabueso, señor mio.

—No es culpa mia, señor Begourde; me pagan para eso.

—Bueno; pero vamos á ver, ¿qué quereis?

—Suplicaros que vayais á visitar, por vuestro interés, á mis principales Roch y Fumel, que tienen necesidad de hablaros para un asunto importante y urgente.

—Pues decid de mi parte á esos caballeros que aunque pusieran sobre mi pista todos los alguaciles que hay en Paris y en los departamentos, no conseguirian nada absolutamente, porque soy insolvente.

—¡Ah! señor Begourde, ya sabíamos eso.

—¡Lo sabíais!—repitió el jóven lleno de asombro.

—¡Ya lo creo! Mis principales no obran para nada por cuenta de vuestros acreedores, y no se les ha pasado por las mientes el pediros un cuarto.

—Entonces es que tienen intencion de dármelo—dijo Héctor con sorna.

—En efecto, creo que esa es su intencion.

—¿Os burlais de mí?

—Soy incapaz de hacerlo, señor Begourde.

—Pero á santo de qué van ellos á ofrecerme nada?

—Mis principales no me dan nunca conocimiento de los secretos de la agencia, pero estoy convencido de que si os tamáseis la molestia de ir á verlos, tomaríais una cantidad decentita.

—¿Pero eso es verdad?

—Palabra de Sta-Pi.

—¿Como habeis dicho?

—Me llamo Estanislao Picolet, por abreviar Stani, y por contraccion Sta-Pi; así me llaman mis compañeros de agencia, y me he acostumbrado á ello.

—¿Y qué es lo que se hace en vuestra agencia?

—De todo un poco.

Y Sta-Pi empezó á decir lo mismo que un papagayo:

—Roch y Fumel; asuntos litigiosos, contenciosos; cobro de créditos incobrables; negocios particulares y reservados; investigacion de deudores y herederos; informes de todo género que interesen á las familias y al comercio; requisitorias para proyecto de matrimonio. Visibles todos los dias, excepto los domingos, de nueve á once de la mañana, y de dos á cinco de la tarde, rue Montmartre, 131, cerca de la Bolsa y el boulevard.

—Bueno, hombre—dijo Héctor,—respirad un poco, que os vais á ahogar.

—No me ahogo, señor; porque, aunque estoy delgado, tengo buenos pulmones. ¿Ireis á la agencia, señor Begourde?

—Si estuviese seguro que no se trataba de una reclamacion.....

—Os he dicho *palabra de Sta-Pi.*

—Está bien, iré.

—¿Cuando?

—Mañana.

—¿Por la mañana, ó por tarde?

—Por la mañana, de nueve á once.

—Perfectamente: voy en seguida á avisar á los señores Roch y Fumel, y tendreis que confesar conmigo en que me he ganado en conciencia alguna gratificacion.

Begourde convino en lo que oía.

Todo cuanto acabamos de narrar fué dicho, haciendo unas veces plancha y otras nadando. Sta-Pi saludó con la mano derecha, alcanzando la orilla en muy poco tiempo; se vistió, y atravesó la isla precipitadamente y con el aspecto de un hombre satisfecho que ha cumplido un gran deber y espera una recompensa bien merecida.